

Memoria y literatura: el pasado que no pasa. Resonancias de la dictadura en tres generaciones de escritores chilenos contemporáneos

Memory and literature: the past that does not happen. Resonances of the dictatorship in three generations of contemporary Chilean writers

RESUMEN: Si bien la actual narrativa chilena es un caleidoscopio de las más variadas voces, géneros, tendencias narrativas y temáticas, la dictadura militar y las huellas que dejó en la sociedad siguen siendo una herida abierta que el escenario literario no ha dejado de abordar. Este artículo ofrece, desde una mirada generacional, una cartografía general de algunas de las más representativas voces literarias referidas a la temática de la dictadura y sus resonancias en el presente postdictatorial.

PALABRAS CLAVE: Memoria, post-memoria, Chile, generaciones literarias.

ABSTRACT: Although today's Chilean literary narrative is a kaleidoscope of the most varied voices, genres, narrative and thematic tendencies, the military dictatorship and the traces it left in society are still an open wound that the literary scene has not stopped coming to terms with. This paper offers, from a generational perspective, a general mapping of some of the most representative literary voices with reference to the theme of the dictatorship and its reverberations in the post-dictatorial present day.

KEYWORDS: Memory, post-memory, Chile, literary generations.

Gilda Waldman M.

gwaldman18@gmail.com

Universidad Nacional Autónoma
de México

Recibido: 10/01/2019

Aceptado: 05/04/2019

VERBUM ET LINGUA

NÚM. 13

ENERO / JUNIO 2019

ISSN 2007-7319

A cuarenta y cinco años del golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1973 y que, sin duda, fue el evento más importante y definitorio en la historia chilena del siglo XX, el tema de la dictadura, como también el de las líneas de continuidad entre el régimen militar y el período postdictatorial que le siguió, continúa siendo un tópico literario recurrente en parte importante de la narrativa publicada actualmente en ese país, aun en el marco de una literatura caleidoscópica, efervescente y vital, en la que confluye una multiplicidad de voces, géneros, vertientes, expresiones formales, tendencias y corrientes narrativas. Sin duda, en este sentido los

registros temáticos de la actual narrativa chilena son abundantes y variados. Entre ellos podría mencionarse, por ejemplo, la literatura de viajes (Santa Cruz, 2006; Rinsky, 2010); el entretreído entre biografía y autobiografía (Edwards, 2004; Gumucio, 2013); los dilemas del desarraigo y la identidad (Meruane, 2013; López Aliaga, 2014); las transformaciones urbanas (Brodsky, 2015); los relatos en registro de ciencia ficción (Muñoz Valenzuela, 2003); las voces de la identidad homosexual y la cultura popular (Lemebel, 2001); los paisajes provincianos ubicados a contracorriente de un imaginario cultural centrado en los conceptos de Estado-nación, territorio e identidad nacional (Zúñiga, 2009, 2014; Mellado, 2018); y, ciertamente, la literatura referida a la presencia de una creciente emigración en el país (Sheng, 2016; Ramos Bañados, 2018). En este amplio, variado y heterogéneo escenario literario, que atraviesa por un buen momento de reconocimiento internacional, no solo convergen los más variados géneros y las propuestas literarias más diversas, sino también varias generaciones de escritores, coincidiendo autores ya consagrados con nuevas figuras que dinamizan y enriquecen el escenario de las letras en el país. Todo ello alentado por una indudable libertad expresiva y una expandida industria editorial, en la que destacan variadas editoriales independientes. Sin embargo, no sería aventurado afirmar que, si la vida social, económica y política del país quedó indeleblemente marcada por la dictadura militar -hasta el punto de que su legado sobrevive y permea la vida de todas las generaciones que lo habitan- la producción simbólica literaria no ha cesado de abordar, desde distintas ópti-

cas y estéticas, las últimas cinco décadas de la historia reciente del país.

En palabras del crítico literario Grinor Rojo, quien en su espléndido estudio en dos volúmenes titulado *Las novelas de la dictadura y postdictadura chilena* (Rojo, 2016) distingue alrededor de 179 obras referidas a esta temática, “toda, absolutamente toda la literatura publicada en Chile o por chilenos con posterioridad al golpe de Estado del septiembre de 1973 es una literatura a la que aquel acontecimiento y sus secuelas le cortan el traje o, en otras palabras, que estas son unas obras de arte literario todas las cuales estarían signadas a fuego por la dictadura y por la postdictadura” (Rojo, 2016, Volumen I: 9). Desde ese año, las distintas generaciones literarias han vivido bajo la irradiación de una herida que no cesa de supurar y, aunque la han abordado y explorado de manera diversa, han convertido a su creación literaria en “otra” mirada, orientada a descubrir lo invisible, fisurar la impostura de las “verdades oficiales” y rehabilitar la palabra como un material excepcionalmente poderoso para redibujar el imaginario del país y, desde ahí, iluminar con crudeza la historia reciente y la realidad contemporánea del país.

Ciertamente, en la vasta creación narrativa que gira en torno a la dictadura y la postdictadura hay importantes matices generacionales que no se pueden pasar por alto. Después del golpe militar, y en un entorno de “apagón cultural” y del exilio de numerosos escritores consagrados, una nueva generación de escritores (nacidos entre 1948 y 1962), entre los que se puede mencionar a Pía Barros, Diego Muñoz, Gregory Cohen o Ramón Díaz Eterovic, entre otros, asumió el liderazgo literario

creando redes culturales subterráneas y marginales, formando talleres y publicando cuentos en autoediciones o pequeñas editoriales, que daban cuenta “de la represión y también, por qué no decirlo, la tristeza, el terror, la desesperanza, el miedo [...]” (Díaz Eterovic y Muñoz, 2003: 6). La literatura testimonial fue, asimismo, un género importante en este período, al documentar en primera persona, sea como víctima o testigo, los abusos perpetrados por los militares (Jara y Vidal, 1986). Tampoco puede dejar de reconocerse que el exilio chileno dio origen a una literatura significativa que encontró cauces a través de diversas revistas, y en las que, desde la distancia, se procuraba mantener un diálogo con la realidad interna del país. La literatura se convirtió, así, en una forma de militancia y resistencia cultural en un país en el que las ciencias sociales habían sido duramente golpeadas académica e institucionalmente, los rectores universitarios eran militares, la prensa tergiversaba la realidad y primaban la censura y la violencia.

El fin de la dictadura y el inicio de la transición democrática a partir de la década de los noventa abrieron nuevos espacios políticos y culturales y el torrente literario referido a la dictadura floreció, en especial después del arresto del general Augusto Pinochet en Londres en 1998, reactualizando la memoria de una historia política carente, aún, de suficientes lecturas críticas. Si bien el inicio de la transición democrática tuvo consecuencias positivas para la vida política del país, el horizonte redemocratizador se sustentó en la búsqueda de una reconciliación nacional que dejara atrás las huellas, pesadillas, cicatrices y dolores del pasado. Los fantasmas de la violencia

represiva y del terror de Estado quedaron contenidos en los límites oficiales de la narrativa política sobre la “normalización” del orden democrático, lo cual diluyó parte sustantiva de la experiencia dictatorial: biografías heridas, subjetividades dañadas y cuerpos lacerados. La voluntad política de “olvidar” corrió de manera paralela a la formulación de pactos y negociaciones que buscaban en el “consenso” el sustento de una nueva convivencia social. En palabras de Tomas Moulian, el consenso se convirtió en “la etapa superior del olvido” (Moulian, 1997: 37). Sin embargo, con la detención del General Pinochet en Londres, el tema del pasado dictatorial se volvió parte ineludible de un debate público en torno a la tarea de forjar una sociedad democrática, y la memoria se vinculó con las interrogantes en torno a la construcción de un nuevo proyecto de nación.

Las memorias de las heridas de los años militares habían permanecido abiertas, subterráneas y silenciosas y, paulatinamente, tanto por el arresto del General Pinochet como por el alcance de lo que Andreas Huyssen ha denominado la *cultura de la memoria* (Huyssen, 2002), expandida durante la década de los ochenta en todos los espacios geográficos y vinculada en los países del cono sur que vivieron dictaduras militares con los procesos de democratización y lucha por los derechos humanos (Waldman, 2006), las silenciosas capas de olvido colocadas sobre un pasado traumático afloraron -no sin conflictos- a la luz pública, y la memoria encontró un espacio privilegiado de evocación e invocación en la simbolización del arte y, especialmente, de la literatura. La narrativa, entre otras expresiones literarias, manifestó una

“voluntad por recordar” que revisaba la historia reciente del país, ponía el acento en la memoria traumática, daba nombre a las experiencias no verbalizables en el idioma de las verdades oficiales, desenterraba y rastreaba las huellas del pasado y lo descongelaba resucitándolo vivencialmente, reconstruía los recovecos de las complicidades que en él existieron y sacaba a la luz el anonimato de las víctimas y la impunidad de los victimarios. En palabras de la crítica literaria Rubí Carreño: “Los muertos pululan como almas en pena en nuestras ficciones. Sólo podemos acceder a la reconstitución de la memoria de esas y de esas formas de vida a través del trabajo que realizan, precisamente, las novelas” (Carreño, 2009: 17).

El enorme flujo literario que surgió en Chile desde la década de los noventa, en el período de la transición democrática, aun en el marco de la globalización y la formación de un mercado que abarcaba también el editorial, se volvió un tajo abierto en las heridas. Escritores como Carlos Franz, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Ramón Díaz Eterovic, Arturo Fontaine, Carlos Cerda, Diamela Eltit, Germán Marín, Roberto Bolaño, y Mauricio Electorat, entre muchos otros, que vivieron la dureza de los años militares en carne propia y escribieron bajo el efecto traumático de la dictadura -y muchos de ellos con el dolor de la derrota histórica (Rojo, 2016)- crearon un conjunto de grandes narrativas sobre los años militares, cuyos registros temáticos y expresivos fueron diversos y muy variados. Quisiéramos destacar en este punto -aunque no de manera exhaustiva- solo algunos de ellos, directamente vinculados al impacto que dejó la dictadura sobre la vida

de miles de seres humanos, al trauma de la represión y/o a la violación de derechos humanos. En el primer sentido, es interesante destacar la plasmación de personajes “huérfanos” (Cánovas, 1997), que transitan -desencantados, confundidos y perturbados- en la gris realidad de un país que ya no reconocen como suyo. Pertenecen ahora dolorosamente a un país cuyo sistema político se sustenta ahora en la represión y el miedo. Los protagonistas de *Santiago Cerro* (Franz (1997), *El infiltrado* (Collyer, 1995) y *El nadador* (Contreras, 1995) son parte de una generación que envejece prematuramente en un territorio en el que han caído las utopías. Pero también la “orfandad” puede ser ideológica. En *Estrellas muertas* (Bisama, 2010), quienes sobrevivieron a la represión intentan continuar militando en una sociedad a la cual la épica revolucionaria le es absolutamente ajena. A estos personajes “huérfanos” pertenece también el detective Heredia, protagonista de la amplia saga de género negro creada por Ramón Díaz Eterovic, (1987, 1992, 1993, 1996, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2005, 2006, 2012, 2015, 2016, 2018) quien marginal (de la política, la religión y el amor), escéptico y triste habitante de un exilio interior desde el cual contempla el presente, disidente de los nuevos tiempos, se ha convertido en una sombra que vaga por una ciudad sin memoria observando compasivamente a los seres que deambulan por la ciudad, derrotados por una jornada de trabajo monótono y sin futuro. Heredia no puede insertarse en el nuevo proyecto político de la transición. No le entusiasman los nuevos discursos, pues en ellos faltan muchos nombres -de muertos y desaparecidos- que no puede olvidar.

Es cierto que frente a la “orfandad social” en que quedaba una sociedad lacerada después de un golpe militar que había volado en pedazos la historia pública del país, quebrado el sistema de referencialidad política y cultural que había dado sentido a la sociedad chilena, destruyendo los fundamentos de una identidad nacional sustentada en la solidez y estabilidad democrática, no es casual que la dictadura haya recuperado como figura emblemática a Diego Portales, quien accedió al poder mediante un golpe de Estado en 1829. Orden y control políticos constituyeron los puntales del ordenamiento legal instituido por Portales, quien construyó una república presidencialista, autoritaria, eficiente, simbolizada en un líder de gobierno fuerte, superior a los partidos y prestigios personales. Al mismo tiempo, la historiografía tradicional presentó a Diego Portales como un político serio, adusto, incorruptible y apegado a la ley. No sorprende entonces que, a pesar de que Portales fuera un decidido adversario de la intromisión de los militares en política, la dictadura que tomó el poder en 1973 haya utilizado su imagen como figura política paradigmática para su propia legitimación, entroncándose directamente con el ideal de un gobierno fuerte que había restaurado el respeto a la autoridad y el orden público frente a la anarquía y el caudillismo previos. Desde esta perspectiva, el golpe de estado de 1973 realizado por las Fuerzas Armadas representaba tanto un momento fundacional como un acontecimiento histórico legítimo. A lo anterior cabe agregar la identificación de Pinochet con los intereses supremos del Estado y de Chile, así como la eliminación del sistema de partidos, sindicatos y otras

organizaciones sociales, a fin de crear un tipo de ciudadano pasivo, recuperando el principio portaliano de “respeto a la autoridad y el orden públicos”. Sin embargo, en el marco de una nueva corriente narrativa, nutrida en las contribuciones de una nueva historiografía que se apartaba de las “grandes narrativas” y que, a través de nuevos enfoques teóricos y metodológicos se avocaba a la tarea de pensar “otras” formas de hacer historia, realizando los relieves, quiebres y discontinuidades de la historia del país (Pinto, 1999; Salazar, 1999) se publicó un vasto número de novelas históricas las cuales, desde la clave del presente, revisaban diversos episodios de la historia del país. En esta línea, no es de extrañar que dos novelas –*La ley del Gallinero*, de Jorge Guzmán (1998) y *La Emperrada* (2001) de Marta Blanco– hayan retomado la figura de Portales en ¿velada? alusión a la figura de quien personalizó el poder militar, el General Augusto Pinochet. *La ley del Gallinero* devela a un Portales que cumplía con pocas de las características que se han definido como portalianas: mesura, impersonalidad en el ejercicio del poder, apego a la legalidad, incorruptibilidad, seriedad, madurez, introversión, honestidad, sólidos principios morales, etc. La novela presenta, poco a poco, a un “comerciante disoluto, que se las daba de moralista público, hijo de padres pobres que despreciaba a los que no tenían propiedades [...] fundador de un diario de insultos y canalladas [...] hombre de ambigüedades y contradicciones (que) no era de fiar. Mala persona. Todo lo que hacía era para conseguir poder y dinero” (Guzmán, 1998: 25).

En su propio discurso, el Portales literario se revela al lector como un personaje

cruel y desvergonzado, bohemio y egoísta, codicioso y amoral, ateo recalcitrante pero amigo de los jerarcas de la iglesia, oportunista y cínico, maquiavélico y despótico, inclinado por naturaleza a emprender negocios pero en los cuales no era particularmente escrupuloso ni exitoso, intrigante y libertino, calavera enamorado que mezclaba sus preocupaciones mercantiles con afanes sentimentales sin perder nunca su frialdad afectiva. *La ley del gallinero* presenta a un Portales menudo, de corta estatura y voz aguda, “grosero, astuto, audaz, libertino e inteligente” (Guzmán, 1998: 324), carente de criterios político-ideológicos definidos e inclinado a un ejercicio pragmático del mando. En esta misma línea, en *La emperrada*, Marta Blanco se interna en la vida oculta de Portales a través de la mirada y la voz de quien fuera su amante durante más de una década, Constanza de Nordenflycht, quien vivió con Portales una apasionada y conflictiva relación de concubinato de la que nacieron tres hijos, de los que Portales jamás se hizo cargo. A través de murmullos y susurros silenciados, las palabras de *La Emperrada* desmenuzan la imagen del héroe, revelando a un Portales no solo mujeriego y bohemio sino también autoritario, arrogante, lujurioso, eximio bailarín de zamacueca, asiduo a burdeles, escéptico y cínico, intruso, excéntrico e intrigante. “Esa inclinación despótica que te afloró con el gobierno, Diego. Del Presidente para abajo tenían que obedecerte sin dilación [...] Organizo la república, ordeno a los boludos, limpio este gallinero y echo a andar la máquina, decías” (Blanco, 2001: 24-25).

En otra línea, y junto al renacimiento de la nueva novela histórica, una de las

vertientes más significativas de la narrativa chilena referida al período dictatorial es la relativa a los efectos devastadores de la tortura, física y psicológica, un tema largamente silenciado en el debate público y que solo se hizo visible hasta 2003, cuando el entonces Presidente Ricardo Lagos convocó a formar la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. La tortura, orientada a obtener información a través del dolor físico, emocional y mental ejercido sistemáticamente sobre el detenido, fue una de las prácticas más crueles de la represión (Vidal, 2000), y si bien se ejerció tanto sobre cuerpos femeninos como masculinos, sobre el cuerpo de las mujeres la violencia tuvo rasgos de crueldad sexual indescriptibles, coincidente con la exaltación de las virtudes de masculinidad, poder y autoridad propias de quienes ejercían la función militar. El horror inimaginable de la tortura ejercida sobre las mujeres fue recogido en la narrativa chilena en dos grandes novelas: *La vida doble*, (Fontaine, 2010) -que recrea el efecto de la tortura en carne viva sobre un cuerpo que solo quiere fugarse hacia la locura o la muerte- y *Carne de Perra* (Sime, 2008), que representa de manera desgarrada los vínculos entre violencia represiva y abyección. En la primera de ellas, por ejemplo, escribe Fontaine: “Viene y es todavía más fuerte el guascao. El primer momento es siempre el peor. Sales disparada, y es como si los brazos, las piernas, la cabeza se fueran a desprender de ti. Sientes que te están desarmando, que te van a despedazar [...] Soy un cuerpo que se escapa de su cuerpo, un yo que se zafa de su yo. Es una huida imposible [...] No aguanto más. Tengo que darles algo” (Fontaine, 2010: 22).

Desde un ángulo distinto, otro de los temas más macabros de la dictadura chilena, la desaparición forzada de personas que, según datos del Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación (1991) alcanzó a más de mil personas, está presente en *Santiago blues* (Cunningham, 2008), novela en la que se retoma el caso real, recreado ficcionalmente, de la desaparición en 1976 de un estudiante en Santiago sin dejar huella, así como la desesperada búsqueda de su padre —un médico indiferente a la política— por hospitales, clínicas, bares y espacios clandestinos para encontrar el paradero de su hijo, del cual no hay registro oficial. *Santiago Blues* se basó en un caso real. David Lira, el hijo desaparecido, es la figura fantasmática, ubicada entre la vida y la muerte, la ausencia y la presencia. La búsqueda del padre —también amenazado en este proceso— se traslada paulatinamente desde el dolor familiar hacia una interpelación al Estado. En el relato de esa búsqueda entre los intersticios del sistema oficial la novela se convierte en una biografía colectiva de la Agrupación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos (Vidal, 1996), una organización que hasta el día de hoy y en medio de la persistencia del dolor, el silencio y la incertidumbre sigue comprometida con el recuerdo, “Daniel se apegó a ellas, sollozando con angustia. Dos mujeres gordas se acercaron a él y lo abrazaron. Los cuatro lloraban ahora, compartiendo su dolor como si fueran miembros de un coro polifónico, en diferentes armonías y cadencias, pero como parte del mismo doloroso canto” (Cunningham, 2008: 195).

Por otra parte, sin duda uno de los registros literarios más importantes de la violencia dictatorial se refirió a la expe-

riencia del exilio, invisibilizado tanto en la memoria social sobre los efectos del mismo como en los debates sobre las violaciones a los derechos humanos. Sea por persecución política, expulsión obligada o pérdida del trabajo, alrededor de doscientos sesenta mil personas (Rebolledo, 2001) fueron condenadas a emigrar, diseminándose alrededor de sesenta países. Esta traumática experiencia encontró representación literaria, por ejemplo, en novelas como *Cobro revertido* (Urbina, 1992), *Morir en Berlín* (Cerda, 1993), *La luna, el viento, el año, el día* (Pizarro, 1994), *La burla del tiempo* (Electorat, 2004), *Bosque quemado* (Brodski, 2007), *Las dos esquinas del Elba* (Forch, 2012), *Entre sueños y traidores* (Dorfman, 2012), entre muchas otras, que iluminaron la dramática experiencia de haber sido arrebatados de su cielo, su historia y su tradición; la dificultad para adaptarse a una lengua impuesta y un paisaje ajeno; los conflictos de adaptación; los cuestionamientos identitarios; los problemas de inserción laboral; el vacío interno; la sensación de pérdida y la búsqueda de respuestas para interrogantes tales como ¿existe la posibilidad de retorno, de dejar de vivir como “en el cuarto de un hotel, lo justo en el lugar preciso, las cosas allí como de paso, ninguna amarra, nada que hablara de alguna permanencia?” (Cerda, 1993: 23) ¿Cómo recuperar lo que perdió hace años, “el país que todos sueñan como una mezcla de imágenes infantiles, chistes adolescentes y frustraciones de adultos?” (Urbina, 1992: 35) ¿Cómo recrear un pasado que ya no existe?

Desde otro ángulo, la represión dictatorial se manifestó también en el encarcelamiento, tortura, muerte y desaparición en centros clandestinos, muchos de ellos casas

particulares que fueron expropiadas para tal fin, evidenciando la yuxtaposición entre el mundo del horror y el mundo “normal”. La literatura recogió esta situación en novelas tales como *Una casa vacía* (Cerdeña, 1996), la cual narra el descubrimiento casual de que una casa recién restaurada, ubicada en un barrio residencial, había sido en realidad un centro de tortura durante los primeros años de la dictadura. A su vez, *El Palacio de la risa* (Marín, 2008) reconstruye la historia de una señorial mansión construida a mediados del siglo XIX y convertida durante la dictadura en el lugar más emblemático de la represión dictatorial: Villa Grimaldi. Una historia similar -devastadora por el hecho real en que se sustenta- aparece en *Nocturno de Chile* (Bolaño, 2000), cuyo episodio culminante es el descubrimiento de un centro de tortura durante una velada literaria en casa de una escritora cuyo esposo era un agente de la CIA y torturador para el régimen militar. De hecho, el episodio culminante de la novela transcurre en una noche en la que, como en tantas otras según el narrador, la intelectualidad chilena se ha reunido para disfrutar de una deliciosa velada literaria en casa de una aspirante a escritora, María Canales, en su casa a las afueras de Santiago, “rodeada por un jardín lleno de árboles, una casa con una sala confortable, con chimenea y buen whisky, buen coñac, una casa abierta para los amigos una vez a la semana, dos veces a la semana, en raras ocasiones tres veces a la semana” (Bolaño, 2000: 125). Esa noche, uno de los invitados entra por casualidad en una habitación donde en un catre de hierro está acostado un hombre con los ojos vendados y señales de tortura. Amedrentado, regresa a la fiesta

y calla. Tras el taller de electrónica que el marido de Callejas tenía en las afueras de la casa, subyacía el hecho de que en ocasiones “se iba la luz por un rato. No oíamos ningún grito, sólo la electricidad que se iba de golpe y después volvía” (Bolaño, 2000:146). Tras la aparente calma de la casa en la que dos o tres veces por semana se organizaban veladas culturales, en el sótano de la casa, “sobre el catre había un hombre desnudo, atado de las muñecas y de los tobillos. Parecía dormido [...] una venda le cubría los ojos [...]” (Bolaño, 2000: 139). La novela de Bolaño abre paso, así, a una nueva problemática que también incidió en la creación literaria en el período de la transición. Tras la respetabilidad de un hogar normal, estaba presente la violencia de la dictadura. Tras el discurso identitario de transparencia, éxito, empuje, dinamismo y eficiencia enarbolado por los gobiernos de la transición, se dejaba de lado la existencia de poderes fácticos (Iglesia, empresarios, sectores de las Fuerzas Armadas, medios de comunicación, etc.) cuya enorme fuerza política debilitaba los sistemas de representación institucional. Tras los logros económicos, la voluntad de consenso de los gobiernos postdictatoriales no quiso -ni pudo- reconocer las líneas de continuidad entre un pasado autoritario y el presente (Jocelyn-Holt, 1997). La literatura recogió esta problemática en torno a las líneas de continuidad no solo entre el pasado y el régimen militar, sino también entre este y los gobiernos de la transición, y ningún género lo evidenció mejor que la novela negra, al lanzar una mirada inquisitiva no solo sobre las instituciones dictatoriales sino también sobre las de la transición democrática.

El escritor Roberto Ampuero, a través de su detective Cayetano Brulé, (Ampuero, 1993, 1997, 1998, 2001, 2003) investiga casos en los que colaboradores del régimen dictatorial siguen ejerciendo funciones durante la transición política, al tiempo que denuncia no solo los casos de corrupción de innumerables políticos de la transición, sino asimismo su carencia de autenticidad e integridad personal. Por su parte, Ramón Díaz Eterovic -en la amplia saga del detective Heredia ya mencionada- arroja una mirada crítica a la sociedad chilena en su conjunto, abordando tanto las secuelas del terrorismo del Estado dictatorial, presentes aun en la vida democrática, como también sobre las lacras de una transición marcada por la competencia económica, la corrupción, la impunidad y la ineficacia de la justicia, el narcotráfico, el contrabando de armas, la traición política, el desencanto de la izquierda, los negociados ecológicos, la discriminación a los migrantes, etc., destacando la conexión directa entre los crímenes ocurridos durante la dictadura y la impunidad con la que se continúa protegiendo a agentes de inteligencia que todavía forman parte de las instituciones policiales estatales y reiterando que en los nuevos crímenes cometidos ya en democracia resuenan ecos de la época dictatorial. En esta misma línea, puede mencionarse *El guarén. Historia de un guardaespaldas* (Marín, 2012), la historia de un muchacho de un barrio marginal enrolado en uno de los organismos del terrorismo estatal durante la dictadura que se convierte, iniciado ya el período democrático, en el guardaespaldas de un empresario enriquecido por negocios turbios y que no vacila en utilizar la sórdida experiencia de este para llegar incluso al

asesinato de quien le estorbe en sus negocios sucios.

Por otra parte, también las memorias de la militancia política de izquierda durante la década de los sesenta y los setenta fue un tema que, de manera paulatina, comenzó a ser abordado literariamente. Fue solo hasta el año 2003, treinta años después del golpe de Estado, que por primera vez el período de la Unidad Popular —“la verdadera memoria prohibida de la Concertación” — (Winn, 2007) apareció en la escena pública, rompiéndose así el silencio en torno a una parte significativa de la historia reciente del país. Las memorias de la militancia a las que hacemos referencia aparecen ya no privilegiando la denuncia (como aparecía en la literatura testimonial de la década de los setenta), sino rescatando la dimensión activa y política de la misma, pero en clave de la experiencia subjetiva. En esta línea, y más allá de los relatos de dirigentes políticos, quisiéramos destacar novelas tales como *La furia y la nada*, de Rafael Ruiz Moscatelli, (2006), que da voz a la generación que vio frustradas sus aspiraciones y que, tras el golpe militar, fue obligada al silencio y a la renuncia. De igual modo, sería imposible no mencionar en esta línea *Hacia el final de la partida*, (2007) de Guillermo Rodríguez, una novela que, desde el presente de la postdictadura, se remonta a los años del gobierno militar y a las acciones políticas de un grupo de militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria -un movimiento político ideológico de izquierda radical- cuyos destinos -que también se cruzan con el de un represor todavía impune incluso en la postdictadura- fueron la muerte, la desaparición, el encarcelamiento, la supervivencia, la culpa, y más tarde el

acomodo pragmático en el gobierno de la de la transición. En esta misma línea, sería imposible hacer caso omiso de dos relatos autobiográficos *Being Luis. A Chilean Life*, de Luis Muñoz (2005) y *Chile, un largo septiembre*, de Patricio Rivas (2006), mismos que constituyen una memoria personal y subjetiva -al tiempo que colectiva- de dos militantes supervivientes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que se agregan al texto seminal de Carmen Castillo *Un día de octubre en Santiago* (1982) y al testimonio de la misma autora *Santiago-París. El vuelo de la memoria* (2002), escrito en colaboración con Mónica Echeverría, y a los cuales hay que añadir *Las armas de ayer*, de Max Marambio (2007). Ello resulta particularmente interesante si se toma en cuenta que, en el escenario político de la transición democrática, el MIR ha sido una agrupación virtualmente olvidada por la historiografía de la izquierda chilena, en especial de la izquierda gobernante en su vertiente socialista, misma que fuera la gran impulsora de la Concertación. Las razones que explicarían este “olvido” podrían remitirse al trauma de la derrota del gobierno de la Unidad Popular —en parte como “resultado de sus propias acciones” (Hite, 2007: 11), a la valoración de la democracia, al aprendizaje que se dio en el exilio haciendo hincapié en la paciencia y el compromiso por sobre la confrontación, el desdibujamiento de una izquierda de antaño ideológicamente radical, las razones de gobernabilidad que privilegiaron la construcción de consensos y la mantención de la economía de mercado como alternativa válida en la transición democrática, entre otras. El hecho es que la élite política de la izquierda gobernante no solo permaneció en un relativo silencio

incluso en lo referente al pasado traumático (Hite, 1996, 2007), sino que también se mostró reacia a recuperar parte de la historia política del país desde una “memoria alternativa”, y a desenterrar proyectos divergentes a los que fueron los dominantes en el escenario político del país durante la era concertacionista.

Durante la primera década del siglo XXI hizo su aparición pública una nueva generación de escritores. Nacida después del mayo parisino, testigos de la caída del muro de Berlín y de la matanza de la plaza de Tianamén, del fin de la Guerra Fría y de los discursos monolíticos, se desarrolló en una realidad globalizada, de fronteras porosas, desplazamientos masivos, expansión de las megalópolis urbanas y crecientes procesos de individualización. Las nuevas voces literarias surgidas recientemente en Chile forman parte de una generación para la cual las verdades categóricas, así como la utopía de un futuro casi ilimitado, han quedado atrás. Estos escritores expresan una nueva subjetividad, sensible a la sensación de dislocación que hoy marca a nuestro tiempo ante un panorama cambiante e incierto. Formados en contacto cercano con el cine, la música y la violencia de la gran ciudad, se muestran reacios a reafirmarse a través de “padres literarios” salvo, quizá, Roberto Bolaño y ciertamente, están inmersos en un campo cultural distinto al de sus predecesores. Por otra parte, su infancia o adolescencia estuvo marcada por la experiencia dictatorial de manera lateral, es decir, sin vivir el terror de los años dictatoriales de manera directa, pero experimentando el miedo y el silencio de aquel período al interior de sus hogares. Escritores como Alejandra Costamagna,

Nona Fernández, Alejandro Zambra, Marcelo Leonart, Leonardo Sanhueza, Miguel Lafferte o Alia Trabucco entre muchos otros, por su edad no podían comprender el alcance verdadero de la violencia represiva, las desapariciones, el exilio, etc. Son los hijos de la dictadura, pero sin saber que vivían en ella (Contardo, 2013). Crecieron durante los peores años del terror militar; conocieron la democracia solo de oídas, como un recuerdo ajeno. Ellos pertenecen también, a su modo, a una generación huérfana, desarraigada de la historia pública del país, de sus procesos constitucionales e instituciones democráticas previas. Para ellos, el Chile anterior a 1973 era lejano y casi ajeno: un país cuya historia había sido sustraída colectivamente y que era reordenado con base en el silencio. Se trata de la generación que creció en los años del miedo y del desconcierto, atravesada por preguntas sin responder y enigmas sin respuesta y que ha intentado reconstruir los años militares desde la post-memoria, es decir, desde la “experiencia de quienes crecieron dominados por las narrativas que precedieron su nacimiento, aquellos cuyas propias historias son desplazadas por los relatos e historias de la generación previa, modeladas por eventos traumáticos que ellos no puede comprender cabalmente” (Hirsch, 1996: 420). Es decir, se trata de una memoria que da cuenta de la experiencia de aquella generación que lleva en sí la cicatriz, pero no la herida vivida de manera directa. La memoria de los protagonistas de las novelas de los autores mencionados se convierte, entonces, en un espacio que requiere ser llenado con una narrativa que dé cuenta de los espacios biográficos vacíos, los silencios y las medias palabras

que moldearon sus vidas, para descubrir lo que está oculto bajo la oscuridad y el silencio. Se trata de la construcción de una memoria que resucite, recupere y reconstruya el pasado desde una vivencia que no ha sido la de ellos. Es una forma de la memoria cuya interpretación de los hechos proviene, desde una profunda soledad personal, del escudriñamiento de los silencios familiares. Para esta generación literaria las interrogantes son, entre otras: ¿Cómo relatar su propia historia, huérfana de memoria, para saldar cuentas con el pasado y construir su presente? ¿Cómo reconstruir su propia memoria para hacer oír su voz? ¿Qué estrategias de memorias desarrollar en una situación en que existe una ruptura del bagaje generacional, sea por muerte o por silencio? Despojada de la fuerza trágica que tuvo el golpe militar sobre quienes lo vivieron en carne propia, esta nueva generación explora literariamente desde otra óptica el impacto que dejó la dictadura sobre su generación, sin la voluntad de escribir la “gran historia” sino más bien desde el mundo de las identidades subjetivas, personales, intimistas, que se desenvuelven en el espacio privado. Ciertamente, ello no es casual. Convertida la incertidumbre en el sello distintivo de nuestra época, no es de extrañar, entonces, la fascinación por reflexionar sobre orígenes y trayectorias tanto personales como genealógicas en el marco de la “obsesión memorialista”, como respuesta al “deseo de anclarnos en un mundo caracterizado por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fracturación del espacio en el que vivimos” (Huyssen, 2002: 24). Entre los escritores más representativos de esta generación, y de algún modo portavoces de la misma, se puede mencio-

nar a Alejandro Zambra y Nona Fernández, quienes desde un registro autoficcional y autobiográfico -en el que coinciden el nombre del narrador, el protagonista y el autor- narran desde una mirada infantil y al mismo tiempo intensamente política. *Formas de volver a casa* (Zambra, 2011), por ejemplo, escrita en el tono minimalista que ha dominado una parte considerable de la narrativa latinoamericana del presente siglo (Aínsa, 2012) se narra desde la voz de un niño de nueve años que vive en el Chile de mediados de la década de los ochenta en una comuna suburbana, Maipú, en el seno de una familia modesta, anónima, que se mantiene al margen de la política, que al parecer no sabe lo que sucede, aunque sí lo sabe, porque aunque “vivíamos en una dictadura, se habla de crímenes y atentados, de estado de sitio y toque de queda” (Zambra, 2011: 23). La voz infantil se entreteteje con la voz ya adulta del narrador, que intenta a través de la creación literaria llenar las fisuras de la memoria. Escribe Zambra: “Mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos nosotros aprendíamos a hablar, a caminar, a doblar las servilletas en formas de barcos, de aviones. Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer” (Zambra, 2011: 56). Y agrega: “En cuanto a Pinochet, para mí era un personaje de la televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes. Tiempo después lo odié por hijo de puta, por asesino, pero entonces lo odiaba solamente por esos intempestivos shows que mi papá miraba sin

decir palabra, sin regalar más gestos que una piteada más intensa al cigarro que llevaba siempre cosido a la boca” (Zambra, 2011: 21). El narrador adulto, que intenta escribir una novela, y que se reencuentra con una vecina de la niñez en las continuas visitas a la casa de sus padres, va recordando como descubrió, ya siendo adolescente y en tiempos de democracia, “que entre mis compañeros (había) hijos de gente asesinada, torturada y desaparecida. Hijos de victimarios también” (Zambra, 2011: 67-8) y se va acercando, a través de una vuelta al pasado, al dolor y el sufrimiento de las víctimas de la dictadura, sumidos en una vida clandestina y de resistencia para sobrevivir.

En esta misma línea, no podrían obviarse los textos de Nona Fernández *Fuenzalida* (2012), *Space Invaders* (2013) y *La dimensión desconocida* (2016), en los que la autora explora, desde su memoria infantil, el impacto de los macabros años dictatoriales. En la primera de las novelas mencionadas la protagonista -una guionista de telenovelas en el presente postdictatorial -en un país “exitista” embelesado en su éxito macroeconómico- y quien está separada de su marido, sin amigos, dedicada a su pequeño hijo y de quien no conocemos el nombre- encuentra una noche entre las puertas de su casa en un barrio tranquilo de Santiago lo que parece ser la fotografía de su padre, a quien no ve desde que tenía doce años. La fotografía aparece casualmente entre las bolsas de basura -residuos de memoria desechada, acordes a la memoria sepultada del período dictatorial - amontonadas en la mitad de la cuadra. La fotografía, una instantánea de los años ochenta tomada con una máquina Polaroid, es la de un cuerpo “delgado, de piernas largas y

flacas [...] lleva las rodillas flectadas, ejecutando la postura de un arte marcial [...] El recuerdo solo me permite descifrar una palabra demasiado reconocible: Fuenzalida” (Fernández, 2012: 18). Fuenzalida, su padre, salió de su vida cuando era casi una niña por razones más bien egoístas. Pero hay muchos otros Fuenzalidas que han dejado un vacío simbólico en una sociedad como la chilena, constituida fundacionalmente sobre el hueco dejado por la figura paterna y la multiplicación de hijos “guachos” (Montecino, 1996). De igual modo, muchos otros Fuenzalidas, en la misma época en que sus pasos se volvieron invisibles para la narradora de esta novela, desaparecían de manera siniestra a manos de los aparatos policíacos del régimen militar. En todos los casos, se trata de genealogías interrumpidas, que dejan numerosos cabos sueltos irresueltos del pasado y que los hijos deben enfrentar para cerrar la historia en el presente. *Space Invaders* (2013), a su vez, es una representación casi onírica y cercana a lo macabro de la atmósfera de desamparo, soledad y peligro de un país en guerra durante el régimen militar y que no solo afectaba a los adultos, sino que envolvía también a los niños, obligados al silencio y la obediencia. “Nos han ordenado uno delante del otro en una larga fila, y otra más allá, y otra más allá. Formamos un cuadrado perfecto, una especie de tablero. Somos las piezas de un juego, pero no sabemos cuál” (Fernández, 2013: 17). En ambas novelas, incluso las historias minúsculas de la represión quedan diseminadas en una multiplicidad de relatos desdibujados en el silencio, sea en el silencio de las víctimas que tenían miedo o querían olvidar para sobrevivir, sea en el silencio de los que pre-

firieron no saber, o en el de quienes pretendieron ocultar su responsabilidad. Esta misma problemática de la responsabilidad civil de quienes avalaron, por silencio, indiferencia u omisión, el terror dictatorial está presente en *La dimensión desconocida*, (2016), texto autoficcional en el que Nona Fernández explora la historia real de Andrés Valenzuela, un torturador arrepentido cuyas confesiones, en 1985, fueron claves para develar los horrores de la represión dictatorial. Tomando como punto de partida el testimonio que Valenzuela Morales entrega a una periodista de oposición, Fernández entreteje los vacíos que deja el relato con su memoria de niña y sus pesquisas para reconstruir la historia. Al tiempo que la autora va siguiendo la historia de horror de este torturador arrepentido, reflexiona sobre su propia relación con la dictadura durante su infancia. La memoria individual se cruza, entonces, con las culpas y responsabilidades colectivas de la sociedad civil -un tema que el escritor Carlos Gameiro había abordado para el caso argentino en *El secreto y las voces* (2002)- porque mientras miles de presos políticos eran torturados y desaparecidos en Chile, la escritora llevaba una vida “normal”: iba a la escuela, merendaba leche condensada y veía la famosa serie de televisión *La dimensión desconocida*, cuya frase inicial, “Abramos esta puerta con la llave de la imaginación. Tras ella encontraremos una dimensión distinta. Están ustedes entrando a un secreto mundo de sueños e ideas. Están entrando en la dimensión desconocida” era una metáfora siniestra de una realidad en la que, tras la aparente normalidad, seres humanos eran torturados, desaparecidos o asesinados. Escribió Nona Fernández: “Probablemente

ese día, mientras almorzábamos y comíamos la cazuela o el guiso que mi abuela había preparado, Carlos Contreras Maluje soportaba combos y patadas en ese calabozo de la calle Dieciocho, a unas cuadras de mi vieja casa. Probablemente mientras nos servíamos jalea y la bañábamos de leche condensada, como tanto nos gustaba hacer para el postre, Carlos Contreras Maluje enviaba mensajes mentales a los suyos para que alguien fuera a rescatarlo a ese planeta pequeño y solitario en el que había caído”. (Fernández, 2016:51).

Pero en años recientes, una nueva generación de escritores está haciendo su entrada en el escenario literario chileno. Se trata de los creadores de una narrativa joven, que retrata “el espíritu de los tiempos” que ha marcado a quienes nacieron a fines de los ochenta y principios de los noventa, criados bajo la disciplina y los principios del neoliberalismo postdictatorial, la revolución científico-tecnológica, los procesos de desarraigo y transnacionalización, el debilitamiento de los puentes que ligaban la vida personal con proyectos sociales más amplios y el fin de los empleos estables y los derechos sociales, entre otros rasgos esenciales de nuestra contemporaneidad. Han crecido en el entorno de un Chile modernizado y “exitista” del cual se sienten insatisfechos por su cauda de desigualdad social, y han vivido de cerca las debilidades del Estado para extender los derechos de inclusión a toda la población, conociendo también de cerca la discriminación, violencia y corrupción. Se trata de una generación cuya subjetividad ha sido moldeada por la innovación tecnológica, cada vez más acelerada. Se mueven fácilmente en las plataformas digitales. No imaginan una

vida sin internet, celular ni redes sociales. Escéptica ante la política, desconfiada ante las instituciones, extremadamente individualista, es una generación nómada (Aínsa, 2012) que se mueve permanentemente en un tránsito voluntario “que no tienen punto de inicio, ni retorno posible” (Aplaza, 2014: 14). Escritores como Diego Zúñiga, nacido en 1987 o Paulina Flores, nacida en 1988, están ciertamente menos marcados de manera directa por el golpe militar de 1973 que las generaciones literarias anteriores, pero se insertan de lleno en la actualidad del país abordándola desde las grietas del “desarrollo de los jaguares”, como se ha denominado el éxito económico chileno, sustentado en un neoliberalismo implantado desde los tiempos dictatoriales, que en términos macroeconómicos ha sido exitoso aunque ha incrementado la brecha social y provocado una situación de incertidumbre, desazón e inquietud, malestar social, miedo al Otro, y desencanto ante la carencia de un horizonte de sentido que implique un “proyecto de nación”. En sus libros de cuentos, Flores (2015) y Zúñiga (2016) develan cómo, tras el discurso oficial -eufórico y triunfalista- que ensalza los logros del consumismo neoliberal, existe una sociedad precaria, vulnerable y polarizada, de seres individualizados y solitarios, sin lugar en la sociedad. Su literatura hace referencia a los efectos de una economía propiciada por la dictadura y que se fortaleció en la democracia postdictatorial. Los principales temas de estas nuevas voces literarias son los paisajes degradados, los “ghettos urbanos”, la incomunicación familiar y social, la violencia urbana de una ciudad fragmentada, el impacto de una incontrolable expansión inmobiliaria que ha

arrasado con las viejas casas residenciales transformando el rostro de la ciudad, los frágiles lazos de cohesión social que sustentan a la familia, la realidad de jóvenes que trabajan en restaurantes de comida rápida, la cotidianeidad en un hospital público, las carencias educacionales y culturales, las nuevas maneras que tienen los jóvenes de abordar la sexualidad y el erotismo, etc. Estos autores, si bien no vivieron de manera directa el período dictatorial, presentan una realidad que continúa mostrando algunas de las sombras más macabras de la dictadura. Así, por ejemplo, en su novela *Racimo* (2016), Diego Zúñiga aborda la problemática -real- de la desaparición y asesinato de numerosas jovencitas en Alto Hospicio, una ciudad marginal empobrecida y degradada surgida en medio del desierto de Atacama. Entre 1994 y 1999, diecisiete muchachas desaparecieron entre las arenas del desierto a la salida de la escuela. Escribe Zúñiga: “Un cuerpo a un costado de la carretera: una silueta, el pelo largo hasta la cintura, una mochila, un jumper, los focos del auto que la iluminan en medio del desierto, de la noche. Un cuerpo a un costado de la carretera, una niña haciendo dedo, la neblina que la empieza a cubrir, las luces del auto iluminándola por unos segundos antes de que desaparezca en medio de la oscuridad”, (Zúñiga, 2016: 15). Pero

también miles de restos óseos están enterrados en el desierto de Atacama, espacio privilegiado de la violencia estatal durante el régimen militar, que lo transformó en cementerio de cientos de cuerpos sin sepultura, víctimas de la “detención-desaparición”, la más brutal de las modalidades represivas. Si los desaparecidos asesinados en el desierto fueron despojados de cualquier inscripción de subjetividad o de identidad familiar o social, también lo fueron las muchachas asesinadas, irreconocibles y desfiguradas en medio de la indiferencia de la policía y las autoridades.

Como en muchos otros países latinoamericanos, la sociedad chilena sufre un proceso de desmovilización y apatía política, en la que se ha desactivado el espacio de lo público y todavía no ha ajustado seriamente cuentas con su historia reciente. A cuarenta y cinco años del golpe militar en Chile, sobre el presente todavía se extienden las sombras del pasado, por más que los chilenos, evitando convertirse en estatua de sal, hayan intentado no mirar hacia atrás fijando la mirada en el futuro y en el “exitismo” del presente. La literatura es, en este sentido, el espacio propicio para recordar y exorcizar las heridas todavía abiertas. Para dar respuesta a interrogantes no resueltas y abrir los silencios inescrutables.

Bibliografía

- Aínsa, F. (2012). *Palabras nómadas. Nuevas cartografías de la pertenencia*, Madrid, Iberoamericana.
- Ampuero, R. (1993). *¿Quién mató a Cristian Kustermann?*, Santiago, Planeta.
- Ampuero, R. (1997). *Boleros en La Habana*, Santiago, Planeta.

- Ampuero, R. (1999). *El alemán de Atacama*, Santiago, Planeta.
- Ampuero, R. (2001) *En el azul profundo*, Santiago, Planeta.
- Apablaza C. (comp.), (2014), *Voces – treinta. Nueva narrativa latinoamericana*. Chile, ebooks Patagonia.

- Bisama A. (2010). *Estrellas muertas*, Santiago, Alfaguara.
- Blanco, M. (2001). *La emperrada*, Santiago, Alfaguara.
- Bolaño, R. (2000). *Nocturno de Chile*, Barcelona, Anagrama.
- Brodski, R. (2007). *Bosque quemado*, Santiago, Mondadori.
- Brodski, R. (2015). *Casa chilena*, Santiago, Random House.
- Cánovas, R. (1997). *Novela chilena, nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos*, Santiago, Pontificia Universidad Católica.
- Carreño, R. (2009). *Memorias de un nuevo siglo. Jóvenes, trabajadores y artistas en la novela chilena reciente*, Santiago, editorial Cuarto Propio.
- Castillo, C. (1982). *Un día de octubre en Santiago*, México, Editorial Era.
- Castillo, C. y Echeverría, M. (2002). *El vuelo de la memoria*, Santiago, LOM.
- Cerda, C. (1996). *Una casa vacía*, Santiago, Alfaguara.
- Cerda, C. (1998). *Morir en Berlín*, Santiago, Alfaguara.
- Collyer, J. (1995). *El infiltrado*, Santiago, Sudamericana.
- Contardo, O. (ed.) (2013). *Volver a los 17. Recuerdos de una generación en dictadura*, Santiago, Planeta.
- Contreras, G. (1991). *La ciudad anterior*, Santiago, Planeta.
- Contreras, G. (1995). *El nadador*, Santiago, Sudamericana.
- Cunningham, R. (2009). *Santiago blues*, Santiago, Cuarto Propio.
- Délano, P. (2012). *Cuento chileno contemporáneo*, México, UNAM.
- Díaz Eterovic, R. y Muñoz, D. (1986). *Contando el cuento. Antología joven de narrativa chilena*, Santiago, Sin Fronteras.
- Díaz Eterovic, R. (2003). *Cuentos en dictadura* (2003), Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (1987). *La ciudad está triste*, Sin Fronteras.
- Díaz Eterovic, R. (1992). *Solo en la oscuridad*, B. Aires, Torres Agüero.
- Díaz Eterovic, R. (1993). *Nadie sabe más que los muertos*, Santiago, Planeta.
- Díaz Eterovic, R. (1996). *Angeles y solitarios*, Santiago, Planeta.
- Díaz Eterovic, R. (1999). *Nunca enamores a un forastero*, Santiago, Caligrafía Azul.
- Díaz Eterovic, R. (2000). *Los siete hijos de Simeon*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2001). *El ojo del alma*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2002). *El hombre que preguntaba*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2003). *El color de la piel*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2005). *A la sombra del dinero*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2006). *El segundo deseo*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2008). *La oscura memoria de las armas*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2012). *El leve aliento de la verdad*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2015). *La música de la soledad*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2016). *Los fuegos del pasado*, Santiago, LOM.
- Díaz Eterovic, R. (2018). *La cola del diablo*, Santiago, LOM.
- Dorfman, A. (2013). *Entre sueños y traidores. Un striptease del exilio*, B. Aires, Planeta.
- Edwards, J. (2004). *El inútil de la familia*, Santiago, Alfaguara.
- Electorat, M. (2004). *La burla del tiempo*, Barcelona, Seix Barral.

- Fernández, N. (2012). *Fuenzalida*, Santiago, Random House Mondadori.
- Fernández, N. (2013). *Space Invaders*, Alquimia editores.
- Fernández, N. (2016). *La dimensión desconocida*, Santiago, Random House.
- Flores, P. (2015). *¡Qué vergüenza!*, Santiago, Hueders.
- Fontaine, A. (2010). *La vida doble*, Barcelona, Tusquets.
- Forch, J. (2012). *Las dos orillas del Elba*, Santiago, Aguilar.
- Franz, C. (1997). *Santiago Cero*, Santiago, Seix Barral.
- Franz, C. (2005). *El desierto*. Santiago, Sudamericana.
- Gamerro, C. (2002). *El secreto y las voces*, Buenos Aires, Norma.
- Gumucio, R. (2013). *Mi abuela, Marta Rivas González*, Santiago, Universidad Diego Portales.
- Guzmán, J. (1998). *La ley del gallinero*, Santiago, Sudamericana.
- Hirsch, M. (1996). "Past Lives: Postmemories in Exile", en: Susan Rubin-Suleiman: (editora): *Exile and Creativity*, Tel Aviv, Tel Aviv University.
- Jara, R. y Vidal, H. (1986). *Testimonio y literatura*, Minessota, Institute for the Studies of Ideologies and Literature.
- Jocelyn-Holt, A. (1997). *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, Planeta.
- Johansson, M. T. (2013). "Escenarios narrativos y memoria en la literatura chilena a partir de 1973", en Vivanco Lucero de (2013), *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Lemebel, P. (2001). *Tengo miedo, torero*. Santiago: Planeta.
- López-Aliaga, L. (2014). *La imaginación del padre*, Santiago, Lolita Editores.
- Marambio, M. (2007). *Las armas de ayer*, Santiago, Random House.
- Marín, G. (2008). *El palacio de la risa*, Santiago, Random House Mondadori.
- Marín, G. (2012). *El guarén. Historia de un guardaespaldas*, México, FCE.
- Mellado, M. (2018). *Madariaga y otros*, Santiago, Random House.
- Meruane, L. (2013). *Volverse Palestina*, México, Conaculta.
- Montecino, S. (1996). *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, Santiago, editorial Sudamericana.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, LOM.
- Muñoz Valenzuela, D. (2003). *Flores para un cyborg*, Santiago, RIL Editores.
- Muñoz, L. (2005). *Being Luis. A Chilean Life*, University of Exeter Campus, Impress Books.
- Pinto, J. (1999). La memoria como creación o división de identidad, *Revista de crítica cultural*, 18.
- Pizarro, A. (1994), *La luna, el viento, el año, el día*, México, FCE.
- Ramos Bañados, R. (2016). *Ciudad berraca* Santiago, Alfaguara.
- Rebollo, R. (2006). *Memorias del desarraigo*, Santiago, Catalonia.
- Rehren, A. (2004). Politics and Corruption. The Underside of Chilean Democracy, *Harvard Review*, Spring.
- Rimsky, C. (2010). *Poste Restante*. Santiago: Sangría Editora.
- Rodríguez, G. (2006). *Hacia el final de la partida*, Santiago, LOM.

- Rivas, P. (2006). *Chile, un largo Septiembre*, México, Ediciones
- Rojo, G. (2016). *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena*, 2 Volúmenes, Santiago, LOM ediciones.
- Ruiz Moscatelli, R. (2006). *La furia y la nada*, Santiago, Cuarto Propio.
- Salazar, G. (1999). Memoria histórica y sociedad civil, *Revista de crítica cultural*, 18.
- Santa Cruz, G. (2006). *Quebrada. Las cordilleras en andas*. Santiago, Francisco Zegers editor.
- Sheng, P. (2016). *Charapo*, Santiago, Cuneta,
- Sime, F. (2009). *Carne de Perra*, Santiago, LOM.
- Urbina, L. (1992). *Cobro revertido*, Santiago, Planeta
- Vidal, H. (1996). *Dar la vida por la vida. Agrupación chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos*, Santiago, Mosquito editores.
- Vidal, H. (2000). *Chile: poética de la tortura política*, Santiago, Mosquito editores.
- Vivanco, L. de (2013). *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Waldman, G. (2006). La “cultura de la memoria”: problemas y reflexiones,” en Política y cultura, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 26.
- Wilde, A. (1999). Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile’s Transition to democracy, *Journal of Latin American Studies*, 31(2), May.
- Winn, P. (2007). “El pasado está presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo”, en Anne Pérotin-Dumon (dir.): *Historizar el pasado vivo en América Latina*, <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es>.
- Zambra, A. (2011). *Formas de volver a casa*, Barcelona, Anagrama.
- Zúñiga, D. (2009). *Camanchaca*, Santiago, La Calabaza del Diablo.
- Zúñiga, D. (2016) *Racimo*, Santiago, Random House Mondadori.
- Zúñiga, D. (2018) *Niños héroes*, Santiago, Random House Mondadori.